

# Aquel día lloré

Lourdes Rivero Nàgera

Image not found.

## Capítulo 1

Aquel día lloré. Me descubrí ante el espejo llorando de rabia. La vida era injusta, no eran así las cosas, no. Estoy harto, y luego soy yo el egoísta. Apreté los puños ambos apoyados en el lavabo a la vez que mis dientes rechinaron unos contra otros y me miraba a mí mismo viendo cómo mi rostro se volvía cada vez más rojo.

Me repetía que ayer había sido el peor día de mi vida y me había pasado media noche intentando no pensar en ese domingo de mierda, escuchando videos de youtube sin leer los títulos de los single, renegado de todo, buscando a duras penas canciones que reflejasen mi estado de ánimo, mi mundo caótico.

Migue, mi *Lazarillo*, me preguntó que qué cojones me pasaba que casi habíamos llegado al insti y no había abierto la boca, que eso era muy raro en mí y puso mucho énfasis en este último porque se rio al terminar su conclusión. Ni siquiera sonreí, no tenía ganas, aun sabiendo que quizá estaba siendo injusto con él, pero no era mi día, lo tenía muy claro y no iba a darle a nadie el beneplácito de pensar que se me iba a pasar.

Migue estaba más contento de lo habitual porque según me venía contando, la profe había felicitado a su madre "*por tener un hijo con el corazón tan grande*". Según él, y según su madre, estas eran las palabras exactas. Imagino que a pesar de que ya había pasado el fin de semana de por medio, seguía con el subidón.

"*Si te pasa algo, ya sabes que debes hablar con tu madre*". Lo miré atravesado. Ojalá tuviéramos a veces el poder de echar rayos mortales con la mirada, aunque eso hubiera significado quedarme sin otro amigo. Mi madre...

Hacía cuatro años que mi madre por primera vez me había llevado al oculista. "No tiene nada, señora. Sí, seguro". Aquella tarde de regreso a casa no me dirigió la palabra. Durante la cena me recordó que no nos sobraba el dinero y que llevarme, porque se me había antojado que no veía, a un especialista de paga *para nada* demostraba lo egoísta que era con mi familia. Supongo que esperó a que estuviera mi padre delante para a la vez poder hacerle a él el reproche de lo mucho que me mimaba y que siempre era ella la que imponía las leyes en casa. Comentó algo del poli bueno y el poli malo y que estaba harta.

"*Pues habla con la profe*". Migue seguía insistiendo y yo negué con la cabeza de nuevo, *simplemente pues porque no y punto*. La *profe*, como la llamábamos en clase, era nuestra tutora. Hacía ya unos meses que se había reunido con mi madre la cual ahora sí muy apenada la había hecho emocionarse al escuchar mi historial. Cuatro años después. Poco le

importó que durante todo ese tiempo, una y otra vez yo le jurara que no mentía cuando le decían de nuevo las mismas palabras: "*No, señora, no tiene nada*". La cara de decepción y de vergüenza de ella no fue nada comparado con la mía hacia ella cuando la versión de los médicos cambió y admitieron que habían fallado en sus exámenes y que ahora yo pagaba las consecuencias.

*¿Me puedes decir que te pasa, Alejandro?* El de Mates venía ya por el pasillo sacando las llaves del aula cuando le contesté que aquel día era el peor de mi vida.

Migue se sentó a mi lado como de costumbre y quizá me di cuenta de que me miraba de reojo, pura intuición, extrañado enormemente por mis palabras, pero no hubo ni una más ya que el de Mates no nos permitía casi ni respirar en clase. Qué tío más estricto. Era un hombre flipante ya que sabía mucho y se notaba, pero no se apañaba muy bien con las nuevas tecnologías y el día que vinieron los de la ONCE supo que por mi culpa no tenía más remedio que adaptarse a ellas para facilitarme la vida, pensé que no me lo iba a perdonar nunca. Lo que más me hacía gracia de él era el repullo que se llevaba cuando escribiendo en la pizarra yo dejaba caer a plomo mi bastón y me aprovechaba de que a pesar de interrumpirlo, no se atrevía a regañarme; pensaría que ya bastante me había tocado. Sin embargo, ese día se asustó de no asustarse. Yo no estaba para bromas.

Efectivamente el aula había cambiado de forma, todo el mobiliario había sido adaptado por y para mí, la pizarra digital era de uso obligatorio en los exámenes. Las luces eran especiales y siempre debía estar en primera fila. Todos mis compañeros se habían acostumbrado, ya habían pasado unas semanas... Mucho antes, la orientadora y la profe me habían llamado al despacho unas cuantas veces para convencerme de que era lo mejor. Tenía que dar el consentimiento para que pudieran venir a la clase y ellos mismos, los de la ONCE, le contarían todo a mi clase para poder hacer los cambios y también para que me ayudaran en lo que pudieran. Para ellos también era todo nuevo. Durante meses me había negado a que me llamaran cegato y estaba seguro de que eso ocurriría, pero la profe me aseguró que no lo harían, que Migue no podía siempre dictarme las cosas de la pizarra al oído ni cargar con eso él solo, que realmente era un amigo, mi mejor amigo, pero que ya era el momento de ayudarlo también a él y que entre todos sería más fácil, que tenía que darles esa oportunidad. El beneficio de una duda que yo consideraba demasiado cara si salía como yo creía.

Me explicó también que no podía prometerme que a lo largo de mi vida no me encontraría con alguien que se metiese conmigo, que me hiciera daño o me rechazara por mi escasa visión, pero que yo aprendería a alejar a los que no merecieran la pena, que no solo me pasaba a mí, que por ejemplo ella y el resto del mundo, también se habían sentido rechazados por

alguien. Me indicó que tenía que aprender de nuevo a vivir pero, que una vez me acostumbrara, tendría una vida plena y feliz con la gente que sí mereciese la pena. Nuevos amigos, nuevas experiencias. No sería fácil, pero me prometió que llegaría. Y entonces, acepté.

Mientras los tres miembros de la organización le contaban la historia y toda mi vida a mis compañeros, yo no dije nada ni levanté la cabeza. Tenía mucho miedo y mucha vergüenza como si en cualquier momento la clase fuera a estallar en una carcajada al igual que cuando el de Biología nos contaba algún chiste malo. Pero el silencio era semejante al de la clase de Mates, tan solo roto cuando la profe se sonó la raíz, creo, según me dijeron, porque no aguantó más el nudo en la garganta.

Después del silencio vinieron las preguntas. *¿La atrofia macular se cura? ¿Se va a quedar Alejandro ciego? ¿Cuánto puede ver ahora?* Yo sabía las respuestas, mi padre se las había hecho todas a los médicos mientras mi madre lloraba, ahora sí, desconsolada por la pena o quizá por el remordimiento. Mi intuición se desarrolló todos esos años perdidos, en los que se podía haber frenado la evolución de la enfermedad, pero no puedo ser y a pesar de lo pequeño y oscuro que se volvió todo, yo era capaz de ver lo que se escondía en ese abismo cada vez más grande.

Me costó, me fue difícil saber que ellos, aún inmaduros sabían la verdad, pero en el fondo me agarraba a lo que me habían asegurado de que nadie me iba a ofender. Pero no, no fue ese el peor día de mi vida.

Ya no podía retener más la rabia. Me dolía el pecho, tenía en la garganta un nudo y me negué a hacer nada en clase. Era la hora del recreo y no sé por qué, cuando vi la silueta de la profe por el pasillo, la llamé y por primera vez, fui yo quien le dijo que quería hablar con ella.

Su voz, al decirme que la acompañara al aula ahora que no había nadie, se notaba sorprendida y asustada. Me preguntó si me encontraba bien y entonces, al igual que esa mañana, mis lágrimas brotaron sin control. Ella me agarró de los hombros e intentó buscar mi mirada. Quiso saber si acaso había perdido más visión o alguien se había metido conmigo, creyendo que me había fallado ella también y que quizá no debió prometerme que nadie nunca mientras ella estuviera allí, me insultaría por mi ceguera... Le contesté a duras penas que no, que mi visión seguía siendo de un diez por ciento, que nadie se había metido conmigo.

*Nunca te había visto así, tan triste...qué te pasa, por favor, dímelo.*

*Profe, contesté, que mis padres se van a divorciar...*